

UN GRAN LIBRO SOBRE D. MIGUEL MAÑARA¹.

Por *Rogelio Reyes Cano*

«Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido...». Cuando los profesores de Literatura tenemos que explicar a nuestros alumnos el verdadero sentido de este verso de Antonio Machado en el que el poeta se declara muy lejos del convencional arquetipo del seductor (« Ya conocéis mi torpe aliño indumentario...»), nos encontramos - o al menos yo me encuentro- ante una seria dificultad. Del marqués de Bradomín me resulta fácil decir quién era. Al fin y al cabo, se trata de un personaje de ficción como lo habían sido los donjuanes clásicos de Tirso y de Zorrilla; de un Don Juan «feo, católico y sentimental», gran pecador y por lo mismo gran creyente, porque sólo aquél que cree en Dios puede creer en el pecado. Bradomín era un esteta de la seducción, un burlador de libro, un Don Juan modernista producto de la deslumbradora imaginación poética de Valle-Inclán. Pero... ¿ qué decir de Mañara, un ser de carne y hueso, un personaje histórico, real, cercano a nosotros, que vivió en la Sevilla del XVII y que nos dejó el hermoso legado de la Caridad, con toda su carga de amor al prójimo, de arte y de historia? ¿Cómo explicar a los alumnos la incongruencia en la que parece

1. Palabras pronunciadas por Rogelio Reyes Cano en el acto de presentación del libro de Olivier Piveteau, *Don Miguel Mañara frente al mito de don Juan*, (Traducción del francés de Elena Suárez, Sevilla, Cajasol Fundación, 2007, 2 vols.), que tuvo lugar en la Sala Juan de Mairena de Cajasol Fundación.

haber caído el bueno de don Antonio Machado? ¿Se podía asimilar a don Miguel a ese arquetipo demoníaco y transgresor de los donjuanes literarios? ¿Podía su noble figura, templada en el duro ascetismo y en la alta espiritualidad del Barroco, despacharse con tanta ligereza?

Con esta pregunta, que yo me he hecho muchas veces y que muchos sevillanos se hacen una y otra vez cuando pisan los umbrales de la iglesia de la Caridad y la tumba del «peor hombre del mundo» que allí yace o recorren los patios y las salas del hospital, no hago sino significar la dimensión enigmática, la carga de ambigüedad que para bien o para mal (eso va a depender de la perspectiva desde la que cada uno lo contemple) lleva inexorablemente sobre sus espaldas la figura de don Miguel Mañara, protagonista de una mitología muy asentada desde hace siglos en la conciencia colectiva. Dice con razón el autor del libro que enfrentarse a Mañara es enfrentarse a una auténtica «babel de confusión», y yo me apresuro a añadir que sólo partiendo de esta premisa puede entenderse cabalmente la razón de ser y el enorme valor de la obra que presentamos esta noche.

Para muchos, don Miguel no es, en efecto, un personaje real. Es mucho más que eso: es un mito. Y ya sabemos que intentar luchar contra los mitos es una de las más inútiles operaciones en las que puede embarcarse la investigación científica, en este caso la investigación filológica. Cuando una idea - no importa si verdadera o errónea, espontánea o inducida- se convierte en creencia y se instala en el imaginario general, nada más peligroso que intentar desterrarla, aunque sea con las más nobles armas de la seriedad científica. Se corre el riesgo, como ya se encargó de recordarnos Unamuno, de dejarse envolver por el mito y sucumbir a su irresistible magnetismo. Todos somos testigos cotidianos de la misteriosa atracción que los mitos suscitan. Hemos podido comprobarlo en el reciente aniversario del Che Guevara, el gran icono de nuestra juventud, al que ni el rigor de la investigación histórica ni los más veraces testimonios han logrado desposeer de su romántica aureola de rebelde. Y tal vez lo estemos viendo también en otro mito que hoy está en germen, el del cambio climático, sobre el que la ciencia aún no ha dicho su última palabra pero que ya cabalga airoso en la conciencia de mucha gente.

Piveteau, sabedor de tales riesgos, se ha acercado a Mañara sin ningún afán destructor ni reivindicativo, sin apriorismos, sin dejarse envolver por el mito aplicando tan sólo una instrumentación histórica y filológica impecable y honesta, llena de rigor documental y acierto interpretativo. Y el resultado de tan inteligente asedio al personaje es una excelente obra de alta investigación universitaria que supone un hito fundamental para el conocimiento de la figura de don Miguel. Olivier Piveteau, francés, filólogo, profesor universitario y discípulo de Pierre Brunel, uno de los más notables especialistas europeos en el campo de la literatura comparada, ha puesto a nuestro alcance una de las más lúcidas interpretaciones de Mañara, sin duda también la más completa de todas, sin rehuir dificultades ni ahorrar esfuerzos

Conocí a Piveteau hace ya unos años cuando iniciaba sus investigaciones en el archivo de la Caridad. Me lo presentó don Eduardo Ybarra, quien lo llevó a la Academia de Buenas Letras. A partir de ese momento ha venido tejiéndose entre nosotros una estrecha amistad que no ha hecho sino crecer con el curso del tiempo, gracias a sus continuas y prolongadas visitas a nuestra ciudad, donde se alojaba en una vivienda del propio Hospital de la Caridad, la más alta prueba de la confianza que en él ha depositado siempre la Hermandad. Cuando alguna vez, ya bien entrada la noche, lo despedía en la misma puerta de la calle Temprado, hasta me permití gastarle alguna broma sobre la presencia del espíritu de don Miguel por entre aquellos seculares aposentos en los que a él no le daba miedo de dormir. Finalmente tuve el honor de formar parte del tribunal que juzgó su tesis doctoral en uno de los solemnes anfiteatros del edificio histórico de la Sorbona cargados de sabor académico. Hoy, aquella tesis redactada en francés se ha convertido en un libro angular tanto más valioso y meritorio cuanto que Piveteau, que procede del campo de la filología, ha debido enfrentarse también para escribirlo a otros dominios científicos que probablemente en un principio tal vez no sospechaba. Su objetivo inicial era el estudio de las formulaciones literarias de la leyenda de Mañara como burlador, que han sido muchas en el curso de los tiempos, desde Próspero Mérimée, que inició la saga en 1834 con su obra *Las ánimas del Purgatorio*, hasta el francés de origen lituano Óscar Milosz, pasando por Dumas, Apollinaire, Bataille....,

y en España, Espronceda, Fernández y González, Cano y Cueto, Azorín, Unamuno... y otros muchos, y una vez más, los hermanos Machado, que en 1927 estrenaron una obra teatral de título deliberadamente confuso: nada menos que el de *Juan de Mañara*, es decir, el nombre clásico del burlador y el apellido de nuestro don Miguel. A todos ellos los ha analizado con agudeza Piveteau, incluidos otros muchos escritores que, tras visitar la Caridad, se sintieron impelidos a hablar del personaje. Aquí la lista sería interminable y les ahorro a ustedes su lectura. Les diré, no obstante, que en ella hay nombres de la significación de Rilke, Barres, Davillier, Latour, Gautier, Montherland, Morand, Yourcenar, Sender..., a los que Piveteau ha seguido pacientemente la pista hasta agotar el tema.

De todos ellos fue Mérimée quien dio alas y universalidad al mito, lo mismo que haría con Carmen. Es evidente que el escritor francés encontró en Sevilla un auténtico filón para sus expectativas románticas, un filón que en el caso de la leyenda de Mañara ya venía siendo alimentado por lo menos desde el siglo XVIII.

Pero la confusión entre el Mañara histórico y el Mañara legendario había comenzado a fraguarse en los momentos inmediatos a su muerte. Primero como leyenda hagiográfica que buscaba la elevación de don Miguel, y más tarde, tal vez como paradójica, aunque no buscada, derivación de la misma, como involuntaria asimilación al don Juan. Habría, pues, un progresivo entrecruzamiento de leyendas, primero de tradición oral y más tarde escritas, que poco a poco fueron envolviendo al personaje histórico en los pliegues de la ficción, desarraigándolo de su verdadero contexto y reinventando su figura. Es el Mañara que asiste a su propio entierro en la calle del Ataúd; o el que dejó dicho que su cadáver se ofreciera descubierto a la contemplación pública, o el que en su *Discurso de la verdad* se postula como “el más grande pecador del mundo”. Episodios éstos que se insertan en la esfera de lo macabro y de lo horrible y que por lo mismo se acercan a la lúgubre fantasmagoría de las escenas últimas del Burlador de Tirso, con aquel final catastrófico, tan teatral, del antihéroe que se precipita directamente en los infiernos sin haber tenido tiempo de arrepentirse. La obra de Tirso, editada en 1627, y derivada, sin duda, de anteriores leyendas orales, era ya sobradamente conocida en tiempos de Mañara, y no son de extrañar posibles contactos entre su truculencia y

el tinte macabro de algunos episodios atribuidos al inquilino de la Caridad.

De aquí a la confusión entre el don Don Miguel asceta y el Don Miguel libertino y burlador, es decir, de la apologética a la distorsión, no había más que un paso. No sabemos exactamente en qué momento se consumó el proceso. Sólo sabemos, eso sí, que fue Merimée en pleno siglo XIX quien dio marchamo literario al mito y lo proyectó a los cuatro vientos.

Es esta confusión inicial la que explica la gran complejidad del personaje y la necesidad de acercarse a él, como hace Piveteau, con un utillaje metodológico que desborda lo estrictamente literario y entra en el ámbito de la investigación histórica. El libro se articula, por ello, en tres unidades diferenciadas. Primero el Mañana histórico sobre el sustrato de las investigaciones de Enriqueta Vila y otros autores : sus orígenes corsos, su vida familiar en la Sevilla del XVII, sus posesiones de la villa de Montejaque, sus gestiones en el Consulado y la fundación de la Caridad. Después, el Mañana legendario y su progresiva asimilación al burlador barroco; y finalmente, el Mañana literario, el que encaja a la perfección en el patrón genérico de la leyenda romántica, de ahí su impresionante fortuna más allá de nuestras fronteras. Es justo el momento en que el asceta pagará el precio de su mitificación. Le sucede como a don Quijote, pero justamente al revés. El hidalgo manchego era un héroe de ficción que muchos creen real. Don Miguel un héroe real que muchos creen ficticio. Pero su verdadero heroísmo no está en su falsa imagen literaria de burlador de mujeres sino en sus virtudes cristianas. De ahí la exactitud del título del libro: *Don Miguel Mañana frente al mito de don Juan*, lo que, a mi juicio significa que es el propio don Miguel quien ha de plantar batalla a la tergiversación que le sigue acompañando sin remedio : no un personaje con dos caras (la ascética y la transgresora) sino el Mañana verdadero en permanente dialéctica con los fantasmas del Mañana mítico. Tal vez eso es lo que, en efecto, hubiese hecho don Miguel - ahuyentar a esos fantasmas añadidos- si la historia hubiese sido distinta a la que fue y hoy pudiésemos situarlo - como en cierto modo hace Piveteau- cara a cara con los estereotipos que la leyenda y la literatura le han asignado. Pero las cosas son como son, y aunque ahora sabemos que el supuesto donjuanismo del

venerable siervo es pura distorsión, también sabemos - y Piveteau mucho mejor que nosotros- que no hay que empeñarse en alancear molinos de viento. Lo que él sabiamente ha hecho es abordar al personaje sin eludir ningún riesgo, sometiendo todas sus facetas (la real, la legendaria, la literaria y la mítica) a una disección crítica inteligente y rigurosa, científicamente impecable y conceptualmente exhaustiva, en la que el lector podrá encontrar, excelentemente analizados y sujetos a una sistemática perfecta, los diferentes perfiles de un héroe poliédrico que a partir de ahora puede ser contemplado con absolutas garantías científicas en su compleja variedad de roles: los que corresponden a su verdad de hombre y los que pertenecen a la verdad poética.

Piveteau ni reivindica ni polemiza gratuitamente. Ha hecho algo mucho más importante: acercarse a Mañara desde la imparcialidad de la ciencia histórica y filológica, en un proceso de revisión absolutamente clarificador que ha sabido desenredar los hilos de la confusa madeja en la que realidad y ficción, verdad histórica y verdad poética se entrecruzan y confunden en una maraña que hubiera disuadido a alguien con menos finura crítica que él. La dedicación de años y el esfuerzo que hay detrás de toda esa labor sólo podrá apreciarlos quien se implique de lleno en la lectura de su libro y vea que no ha quedado tema por abordar ni ángulo polémico por debatir ni archivo por consultar el de la propia Caridad, claro está, pero también el Archivo Secreto Vaticano, esencial para seguir la pista a la causa de beatificación, o los archivos de Córcega, tierra de origen de los Mañara

Especial atención merece, para entender el libro en toda su rica complejidad, la calidad de su traducción española, sencillamente magistral, obra de mi colega en la Facultad de Filología, la doctora Elena Suárez, que ha sabido trasladar los finísimos matices expresivos del original francés con la pericia de quien conoce muy bien las dos lenguas y posee, además, una competencia filológica cabalmente universitaria. Notable también es el esmero editorial, la pulcritud tipográfica y la calidad de ilustración que, de la mano de Antonio Cáceres y Pedro Bazán, nos ofrece en su línea habitual la Obra Social de Cajasol.

Estamos, pues, ante un libro esencial que hará historia en los estudios sobre Mañara y con el que Piveteau ha prestado un gran

servicio, por supuesto que al propio don Miguel, pero también a la Hermandad de la Caridad y a la ciudad de Sevilla. Y no deja de tener un punto de curiosidad y otro tanto de justicia poética que, habiendo siendo un autor francés como Mérimée el artífice de la distorsión literaria de Mañara, sea ahora precisamente otro francés quien en feliz contrapartida nos devuelva ahora al bueno de don Miguel más «ligero de equipaje», mejor perfilado que nunca como persona y como personaje. Con un exquisito respeto a su verdad histórica y con otro tanto respeto a su verdad artística.